LAS SIRENAS

NINGUNO ha conocido la lengua en la que cantan las
sirenas
y pocos los que acaso, al oír algún canto a medianoche
(no en el mar, tierra adentro, entre las aguas
de un lago), creyeron ver a una friolenta
y triste surgir como fantasma y entonarles
aquella canción misma que resistiera Ulises.

Cuando la noche acaba y tiempo ya no hay
a cuanto se esperó en las horas de un día,
vuelven los que las vieron; mas la canción quedaba,
filtro, poción de lágrimas, embebida en su espíritu,
y sentían en sí con resonancia honda
el encanto en el canto de la sirena envejecida.

Escuchando tan bien y con pasión tanta oído,
ya no eran los mismos y otro vivir buscaron,
posesos por el filtro que enfebreció su sangre.
¿Una sola canción puede cambiar así una vida?
El canto había cesado, las sirenas callado, y sus ecos.
El que una vez las oye viudo y desolado queda para siempre.